

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Caractéres de la verdadera oracion, y requisitos indispensables que deben acompañarla para que el Señor nos conceda el objeto de nuestras súplicas.**

*Nescitis quid petatis.*

No sabeis lo que pedis.

Math. cap. XX, v. 22.

La oracion es el ejercicio cotidiano del cristiano. Pocos son los que ya mental ya vocalmente no dirijan cada dia una peticion al Señor. La práctica de la oracion que es gratísima á los divinos ojos, formó en todos los siglos grandes justos que por ella consiguieron triunfar de las sugestiones del enemigo de nuestras almas, y perfeccionarse en la virtud logrando la perseverancia final. ¡Qué espectáculo mas brillante presentarian las reuniones de los cristianos de los primeros siglos cuando en el silencio de las catacumbas, juntas las manos ante el pecho, elevados sus ojos, pasaban las horas en el ejercicio santo de la oracion!

¡Cuántas gracias no alcanzaban del Señor! ¡Qué copia de bendiciones no descendia sobre ellos! Interponiendo al reparador de la estirpe culpable, cuyo nombre invocaban, alcanzaban del Eterno Padre cuanto le pedian. Y no podia dejar de ser asi, toda vez que Jesucristo, cuya palabra no puede faltar, habia dicho: «En verdad, en verdad os digo, que os dará mi padre todo lo que le pidais en mi nombre (1)» y en otra ocasion: «Pedid y recibireis.»

No hay duda que alguno de vosotros dirá al escuchar estas verdades: ¿cómo es que haciendo nosotros oracion diariamente no conseguimos el objeto de nuestras súplicas? ¿Por qué encontramos cerrados los oidos del Señor para escuchar nuestros ruegos? ¡Oh! esclamará alguno: ¡cuántas veces me postré yo ante el altar del Señor, y me volví con la misma necesidad! Por ventura, dirá otro ¿no soy yo tan cristiano y por consiguiente tan hijo de Jesucristo como aquellos otros que tantas gracias alcanzaron por las oraciones? Si yo pido á Dios por Jesucristo ¿cómo no se cumple en mí su promesa? Ya podeis conocer, mis hermanos, que siendo Dios justísimo no ha de consistir en él sino en vosotros mismos el que no alcanceis el objeto de vuestras súplicas. Los justos unian á su oracion la práctica de las virtudes, la rectitud de corazon: los mundanos piden pero con un corazon corrompido, y ved aquí el motivo de no conseguir nada. Otros muchos hay que aunque pidan con rectitud de corazon, ignoran por completo lo que piden. Hablando estaba Jesucristo con sus discípulos acerca de su pasion y muerte al tiempo que subian á Jerusalem, «cuando se acercó á

(1) Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem meum in nomine meo dabit vobis. Joann. cap. XVI, v. 23.

él la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. El la dijo: ¿Qué quieres? A lo que ella respondió: Dí que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha, y el otro á tu izquierda. Entonces la contestó el Señor: no sabeis lo que pedís. Y en efecto no sabian lo que pedian, por que su corazon carnal y terreno, creia que el reino de Jesucristo, era un reino temporal. Vosotros me hablais, les dijo, de dignidades y coronas; y yo al contrario os hablo de combates y de sufrimientos: por cierto que no es aquí el lugar de recompensas, sino de peligros, de guerra y de muerte. Asi espone el Crisóstomo (1).

Nos sucede á nosotros lo mismo que á esta mujer; teniendo el corazon apegado á las cosas terrenas, lejos de pedir el alivio de las necesidades del alma, reducimos nuestras peticiones al remedio único de las necesidades del cuerpo, y nos hacemos acreedores á que nos diga el Señor como á la madre de los hijos del Zebedeo: *Nescitis quid petatis*. No sabeis lo que pedís. Ni creais por esto que trato yo de persuadiros que á Dios no podemos pedirle el remedio de las necesidades temporales. Por el contrario la iglesia nuestra madre nos da el ejemplo, dirigiendo á Dios públicas rogativas para la peticion del agua en tiempo de sequía, para que se disipen las enfermedades contagiosas, para alcanzar la salud de los monarcas y los prelados cuando se hallan gravemente enfermos, y por otros objetos. Asi nosotros podemos orar en nuestras en-

(1) Nam vos, inquit, de honoribus et coronis cogitatis: ego vero de luctamine atque sudore dissero. Non premiorum hoc tempus est, me illa gloria mea modo apparebit, sed bella, pericula, et necem praesens continet vita. Joan. Chrys. Hom. LXVI, in cap. XX Math.

fermedades y aflicciones pidiendo el remedio que deseamos obtener, pero debe pedirse que se haga segun convenga á la gloria de Dios y á la salvacion de nuestras almas. De consiguiente el reino de los cielos debe ocupar el primer objeto de nuestra oracion, que Dios que es benignísimo y cuya Providencia cuida de proporcionar el sustento á los peces del mar y á las avecillas que cortan el aire con su vuelo, cuidará tambien de proveernos de las demas cosas oportunas ó necesarias para nuestro sostenimiento.

Deseando yo que no camineis errados en punto de tanto interés, y habiéndome resuelto á hablaros de la oracion haciéndola objeto del presente discurso, voy á haceros ver los *caractéres de la verdadera oracion*, y los *requisitos que deben acompañarla*, para que el Señor nos conceda el objeto de nuestras súplicas. Asi quedareis instruidos en esta materia y orando cómo y del modo que debeis, no os espondreis á que vuestras súplicas sean negadas ni á que os diga el Salvador como á la mujer del Evangelio de este dia y á sus hijos: No sabeis lo que pedís: *Nescitis quid petatis*.

Para que el Señor se digne concederme las luces necesarias, para el desempeño de mi ministerio, interpongamos la poderosa influencia de la Santísima Virgen repitiendo la salutacion que la dirigiera el ángel cuando para anunciarle el misterio de la Encarnacion la interrumpiera en su altísima oracion y contemplacion. *Ave Maria*.

## PARTE ÚNICA.

Es una verdad de fé que Dios por su inmensidad se halla en todas partes, y que nada puede ocultarse á su infinita sabiduría, ni limitar su inteligencia. No solamente le están presentes todas las obras de la criatura, sino que su mirada penetra hasta lo mas recóndito de nuestros pensamientos. Vana es, pues, á sus divinos ojos nuestra oracion, si al mismo tiempo que con los lábios pedimos una cosa, nuestro corazon ó nuestra voluntad está fija en otro objeto. Esto solo es suficiente para haceros conocer que la primera condicion que debe acompañar á la oracion para que sea aceptable, es que proceda del corazon, que sea una oracion cordial. Este es el requisito que por lo comun falta en las oraciones de muchos cristianos. En confirmacion de esta verdad yo no quiero apelar en este momento á otro testimonio que al vuestro, al testimonio de vuestra propia conciencia. Vosotros rezais diariamente la oracion del Padre nuestro, y en ella pedís á Dios que se haga su voluntad asi en la tierra como en el cielo. Desde luego la afliccion que os cerca, la necesidad que sentís, la enfermedad que os hace sufrir, deberiais recibirla como enviada por Dios, sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol; pero en vez de hacerlo asi os llenais de impaciencia, murmurais de la Providencia, y os quejais de que el Señor os trate á vuestro parecer con tanto rigor. Le pedís tambien que os conceda el pan de cada dia, y esta peticion envuelve en sí una gran confianza en su Providencia, pues que no se estiende mas que á la necesidad presente; pero al mismo tiempo mirais con

envidia los bienes agenos, deseariais todas las riquezas del mundo, y tratais de atesorar por cuantos medios os son conocidos, no atreviéndoois á dar una limosna, ni á dispensar bien alguno á un semejante, temiendo no os falte á vosotros en adelante; lo que envuelve en sí una estremada codicia y muy poca ó ninguna caridad. En estas dos peticiones, sin estenderme á las demas de la misma oracion, os dirigís á Dios con doblez de corazon, por lo que el Señor se irritará mas que se aplacará, y nada os concederá de cuanto pidais, y os dirá: conozco vuestro corazon, y me son bien claras vuestras intenciones; vosotros pedís malamente, no sabeis lo que pedís. *Nescitis quid petatis.*

Hay otros muchos que oyendo predicar la palabra de Dios, con la que los ministros de la Iglesia les recuerdan el peligro de que están de morir mal y salir sentenciados al infierno, se estremecen, temen que sus pecados les conduzcan á un estado tan infeliz; y sintiéndose movidos por la gracia, piden á Dios les libre de perderse y les conceda la muerte de los justos; pero á pesar de sus oraciones nada hacen para que asi suceda. El que es soberbio lo sigue siendo, el envidioso no obra caridad; el lascivo en todo piensa menos en apartarse de la ocasion próxima; el que retiene los bienes agenos no los restituye; el que era blasfemo lo sigue siendo; y el hombre, en suma, que vive envuelto en los placeres, se propone apartarse de ellos; pero mas adelante, época que por lo comun nunca llega. Ved en estos como aunque en el corazon camina unido con la voluntad, dirijen á Dios unas peticiones que no se desea se cumplan por entonces. No faltan otros que al ver á sus padres, hermanos ó parientes,

de quienes han recibido beneficios, postrados en el lecho del dolor y abatidos por una cruel enfermedad, se dirijen al templo, y por cumplir un deber sagrado piden al Señor se digne concederle la salud al paciente por quien ruegan; empero mientras se mueven los labios, y con ellos se dirige la peticion, el corazon y el entendimiento están fijos en otra parte. Se piensa en la herencia que se ha de recibir; en cuánto dejará el enfermo si muere; y ved cómo se pide á Dios lo contrario de lo que el corazon desea, como si Dios fuese un ente capaz de ser engañado. ¿Y juzgareis que estas oraciones pueden calificarse de cordiales? ¿Creeis que oraciones tales suban al trono del Excelso en olor de suavidad? No: á los que de este modo piden podrá tambien decirseles: Vosotros no sabeis lo que pedís, ni cómo pedís. *Nescitis quid petatis.*

Mas no solamente es necesario que la oracion sea cordial, sino que ha de ser dirigida con fé y con una firme esperanza en Dios á quien se la pida. Muchos ejemplares nos presenta la Escritura Santa que nos demuestran el efecto de la oracion dirigida con confianza. En el mismo capítulo de donde está tomado el trozo del Evangelio que se ha leído en la misa de este dia, nos habla San Mateo de dos ciegos que estando sentados juntos al camino de Jericó, como hubiesen sentido que Jesus pasaba, acompañado de mucha gente que le seguia, empezaron á gritar, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros: y los que iban con Jesus les reñian para que callasen. Pero ellos alzaban mas el grito diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros. Entonces parándose el Salvador los llamó y los dijo: ¿Qué quereis que os haga? Señor, respondieron, que sean abiertos nuestros ojos.

Esta confianza que mostraron, hizo que el Señor se compadeciese de ellos, y tocándoles en los ojos les dió la vista (1). Lo mismo sucedió al leproso que dijo á Jesus lleno de esperanza, y mostrando una gran confianza: Señor, si quieres, puedes limpiarme: Jesus estendiendo su mano le tocó, y quedó limpio de su lepra (2). Grande fué la fé y la confianza del Centurion, que pedia al Señor la salud de su siervo, cuando mereció que Jesucristo dijese á los que le seguian; verdaderamente os digo que no he hallado tanta fé en Israel, y que dirigiéndose al Centurion le dijese: Vé, y como creistes, así te sea hecho (3). Empero el ejemplo que yo veo mas admirable en el Evangelio, de fé y confianza en la oracion es el de la hermana de Lázaro, que dió por resultado el que Jesucristo obrase uno de sus mayores prodigios, cual fué la asombrosa resurreccion del difunto Lázaro. Si hubierais estado aquí, dijo llena de confianza Marta, mi hermano no hubiera muerto. Contemplad, mis amados hermanos, los felices resultados que dieron siempre las oraciones dirigidas á Dios con sinceridad, es decir, cordialmente, y conoceréis que cuando vosotros no conseguís el objeto de vuestras súplicas es porque no van adornadas de estas bellas cualidades.

¿Creeis vosotros que Dios es poderoso para concederos aquello que le pedís? ¿Creeis que es un Padre amante que se complace en dispensarnos sus beneficios? Pues en este caso, bien podeis comprender que es injuriarle el pedirle con tibieza y desconfianza. En sus manos están todos los bienes, y todos los dones.

(1) Math. cap. XX. v. 30 et seq.

(2) Ibid. cap. VIII. v. 5, et seq.

(3) Joan. cap. XI.